



Tres cuentos para niños

León Tolstoi

El león y el perrito

En un jardín zoológico de Londres se mostraban las fieras al público a cambio de dinero o de perros y gatos que servían para alimentarlas.

Un hombre que deseaba verlas y que no tenía dinero para pagar la entrada, atrapó al primer perrito callejero que encontró y lo llevó a la Casa de Fieras. Le dejaron pasar e inmediatamente echaron al perro a la jaula del león para que este se lo comiera.

El perrito, asustado, se hizo un ovillo en un rincón de la jaula y el león se acercó para olfatearlo. Entonces el perro se puso patas arriba y empezó a menear la cola.

El león lo tocó ligeramente con la garra y el perrito se levantó, se sentó sobre sus patas traseras y lo miró.

El león lo examinó, moviendo su enorme cabeza, y se alejó de él sin hacerle el menor daño.

Al ver que el león no se comía al perrito, el guardián de la jaula le echó un pedazo de carne. El león apartó un trozo y se lo dio al perro.

Al llegar la noche, el león se echó en el suelo para dormir y el perro se acomodó a su lado, colocando su cabeza sobre la pata de la fiera.

A partir de entonces, los dos animales vivieron en la misma jaula. El león no le hacía ningún daño al perrito, dormía a su lado y, a veces, incluso jugaba con él.

Cierto día, un señor visitó la Casa de Fieras y reconoció al perrito, que se le había extraviado. Fue a pedirle al director que se lo devolvieran, pues ese animal era de su propiedad. Pero cuando trataron de sacarlo de la jaula para dárselo, el león se enfureció y no hubo forma de conseguirlo.

Así, el león y el perrito vivieron en la misma jaula durante un año entero.

Al cabo del año, el perro enfermó y murió.

El león no quiso comer, se puso triste y olfateaba al perrito, lo lamía y lo acariciaba con la pata.

Al comprender que su amigo había muerto, se enfureció, empezó a rugir y a mover la cola con rabia, tirándose contra los barrotes de la jaula, como si quisiera destrozarla.



Así se pasó todo el día. Luego se echó al lado del perrito y permaneció herido y quieto, sin permitir que nadie se llevara de la jaula el cuerpo sin vida de su amigo.

El guardián creyó que el león olvidaría al perrito si le metía a otro en la jaula, y así lo hizo, pero, ante su asombro, vio como el león lo mataba en el acto y lo devoraba.

Luego, se echó nuevamente, abrazando al perrito muerto, y permaneció así durante cinco días.

Al sexto día, el león también murió.

El campesino y los pepinos

Una vez, un campesino fue a robar pepinos a una huerta. Mientras se deslizaba hacia el sembrado, pensaba: "Si consigo llevarme un saco entero de pepinos, los venderé y con ese dinero compraré una gallina. La gallina pondrá huevos, los empollará y nacerán muchos pollitos. Criaré los pollitos, los venderé y compraré una lechoncita. Cuando crezca, tendrá una buena cría. Venderé los lechoncitos y me compraré una yegua, que me dará potros. Los alimentaré, los venderé y después me compraré una casa y haré una huerta. Sembraré pepinos en ella, pero no permitiré que me los roben. Pondré unos guardias muy severos, para que me vigilen los pepinos. Y, de cuando en cuando, me daré una vueltecita por allí y les gritaré: '¡Eh, amigos, vigilen con más atención!'".

Sin darse cuenta, el campesino se olvidó de que estaba en un huerto ajeno y dijo esas palabras en voz muy alta. Los guardianes de la huerta, al escuchar su llamada de atención, se abalanzaron sobre él y le dieron una buena paliza.

El zar y la camisa

El zar estaba muy enfermo y dijo: "¡Daré la mitad de mi reino a quien me cure!". Entonces todos los sabios se reunieron para tratar de curarlo, pero ninguno supo cómo hacerlo. Uno de ellos, muy viejo, dijo cómo el zar podía recuperar la salud: "Si se encuentra un hombre feliz sobre la tierra y le ponen su camisa al zar, este se curará".

El zar ordenó que buscaran a un hombre feliz por todo el mundo. Sus enviados recorrieron todos los países, pero no hallaron lo que buscaban. No había ni un solo hombre que estuviera contento con su vida. Uno era rico, pero enfermo; otro estaba sano, pero era pobre. Y el rico y sano, se quejaba de su mujer o de sus hijos. Todos deseaban algo más y no eran felices.

Un día, el hijo del zar pasó por delante de una pobre choza y oyó que en su interior alguien exclamaba: "Gracias a Dios he trabajado, he comido bien y ahora puedo acostarme a dormir. Soy feliz, ¿qué más puedo desear?".



El hijo del zar se llenó de alegría e inmediatamente ordenó que le trajeran la camisa de aquel hombre, para llevársela a su padre, y que le dieran a cambio de todo lo que quisiera.

Los servidores entraron a toda prisa en la choza del hombre feliz para quitarle la camisa, pero se sorprendieron al descubrir que el hombre era tan pobre, que ni siquiera una camisa tenía.